

mayor que la de todas las almas, pues ve a Dios más clara y perfectamente que toda otra criatura. En efecto, la luz de gloria necesaria para ver a Dios, emana del Verbo y se derrama sobre todos los bienaventurados; y es fácil comprender que el alma del Salvador recibe más abundantemente esta luz celestial, por encontrarse en su misma fuente, ya que está unida personalmente al Verbo de Dios, luz de luz y fuente de toda luz.

Desde allí el alma santa de Jesús derrama sus influjos sobre todas las almas; desde allí ejerce el papel de abogada nuestra ante Dios; desde allí nos invita a imitar sus virtudes para poder participar de su felicidad, es decir, con ella ver a Dios, amar a Dios, alabar a Dios por los siglos de los siglos.

18° El Alma de Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento.

Acabamos de decir que el alma de Jesús está en los cielos. En los cielos, es decir, en el cielo del cielo en que se ve a Dios, y en el cielo de la Iglesia en que reposa la Eucaristía. ¡Alegrémonos! El alma de Jesús no está lejos de nosotros. La tenemos en el Santísimo Sacramento; ella es nuestro alimento en la sagrada Comunión. ¡Dichosa posesión, dulce tesoro!

El pan que se nos da en la mesa del Señor es un pan vivo: el Salvador tiene ahí su alma, ella da ahí la vida a su cuerpo. *Yo soy –nos dice– el pan vivo, que ha bajado del cielo.* Y añade: *Quien coma de este pan, vivirá eternamente* (Jn. 6 51-52). *Vivirá*, pero eso será, Señor, por el solo hecho de haber recibido tu alma.

¡Oh dulce misterio! ¡Comulgar, es recibir la vida! ¡Es recibir, juntamente con el cuerpo, el alma del Salvador! ¡Y qué alma! ¡Cómo podríamos extrañarnos de que, con semejante alma, se viva eternamente!

El alma de Jesús está en la Eucaristía. Está allí escondida, como todo el resto de su ser. Permanece allí en una humildad que nos confunde, en una adoración que arrebatara el corazón de Dios, en una oración perpetua que atrae sobre nosotros todas las gracias. El Salvador parece dormir en la Eucaristía, pero su corazón vela, su alma reza, su alma ama. ¡Dichosas las almas que allí acuden para aprender a rezar, a adorar y a amar!

El alma de Jesús está en la Eucaristía. Ella está ahí obediente. ¡Qué otra maravilla! Nada se asemeja a la obediencia eucarística de Jesús, a no ser su obediencia en el pesebre. Pero la obediencia del pesebre no duró mucho tiempo, mientras que la obediencia eucarística dura desde hace siglos y durará hasta el fin de los tiempos.

A pesar de todo esto, el alma de Jesús es la más desconocida de todas las almas. Ella es olvidada, y muy frecuentemente lo es de quienes vienen a recibirla en la sagrada Comunión. ¡Oh, alma mía, tú no la olvidas!

Padre Emmanuel André Amor y devoción al Alma de Cristo III

13° El Alma de Nuestro Señor en los misterios.

Todo es amor en nuestro divino Salvador; pero, así como en un gran incendio hay instantes en que las llamas se levantan con más violencia, así también en el amor de Nuestro Señor hay momentos más solemnes y sagrados, en que el gran fuego de su amor se revela a nosotros con más intensidad; y estos momentos son aquellos en que se realizan los misterios.

Ya hemos visto a esta santa alma en la Encarnación (§§ 5 y 6); ahora querríamos poder seguirla paso a paso en toda la caridad de su vida mortal. ¡Con cuántas ternuras de amor la veríamos ya hacerse víctima por nuestras ofensas, ya trabajar por santificar, iluminar y alegrar a las demás almas! ¡Cuán dulce sería poder penetrar en sus comunicaciones con el alma de María, con el alma de José, con el alma de Juan Bautista, con las almas de San Pedro, de San Juan, de Santa María Magdalena, y de tantos otros *a los que Jesús amaba*, y a los que ama eternamente! ¡De qué luces se verían iluminadas las almas si pudieran leer en el alma de Jesús mientras se cumplían los misterios de la santa infancia, de la vida oculta, de la vida apostólica, de la vida sufriente, de la vida gloriosa, de la vida eucarística de Jesús! ¡Oh, qué libro para leer y releer el del alma de Jesús, y qué delicia será para nosotros en el Paraíso ver y saber toda el alma de nuestro divino Maestro!

14° El Alma de Nuestro Señor en sus debilidades.

Una de las maravillosas invenciones del amor del Salvador, al revestirse de nuestra naturaleza, fue la de tomar un cuerpo y un alma capaces de sufrir.

El cuerpo de Jesús sufrió, y su santa alma sufría al compás de lo que sufría su cuerpo. *Cargó sobre sí todas nuestras dolencias, y llevó nuestros dolores*, dice de Jesús el profeta Isaías (Is. 53 4). El sufrimiento que acometía al cuerpo de Jesús llegaba hasta su alma; y a veces el alma misma iba al encuentro del sufrimiento, cuando Nuestro Señor se imponía ayunos o largos viajes, o en otras muchas circunstancias que leemos en los Evangelios.

¡Qué frecuentemente también el alma de Nuestro Señor tuvo que sufrir por la incredulidad y endurecimiento de los hombres! El, que es el mismo amor, llegó a exclamar un día: *Oh, raza incrédula y perversa, ¿hasta cuán-*

do estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os tendré que soportar? (Mt. 17 16). ¿Quién podrá decir cuánto sufría entonces el alma del Salvador, y cuántas veces tuvo que sufrir así?

Pero donde el alma de Jesús nos revela mejor el misterio de sus adorables debilidades, es en su santísima agonía. Hay que abrir el oído del corazón para oírle exhalar esta expresión: *Mi alma está triste hasta la muerte* (Mt. 26 38). *Mi alma está triste*, dice. ¿Quién de nosotros lo habría sospechado jamás? ¿No era bienaventurada esa alma, no veía ella a Dios? Y sin embargo dice: *Mi alma está triste*. ¿Cómo pudo la tristeza embargar un alma tan dichosa, tan grande, tan poderosa? ¡Oh, qué misterio! Misterio de amor y de dolor; porque el amor a menudo se alimenta de dolor. Y Nuestro Señor añade: *Triste hasta la muerte*. El mal de que ella sufría bastaba para separarla de su cuerpo. Ella estaba triste por los sufrimientos que agobiaban al Salvador, triste por los pecados de todos los hombres, triste por nuestras locas alegrías, triste por la pérdida de las almas, *¡triste hasta la muerte!*

Víctima por todos, Nuestro Señor quiso sufrir en todo su cuerpo; y su alma, presente en todas las partes de su cuerpo adorable, sufría también con todos los sufrimientos del cuerpo. Este sufrimiento se hizo extremo en el momento en que Nuestro Señor quiso morir; pues entonces el cuerpo, agotado, tendía a separarse del alma, y el alma sentía el dolor de esta separación; y como jamás separación alguna fue más penosa, jamás dolor alguno fue semejante al dolor del alma de Jesús en el momento de su muerte.

Era necesario darle este remedio a la gran separación que el pecado había causado entre las almas y su Creador. ¿Qué agradecimiento no deben por ello las almas al alma de Jesús? Y sin embargo, ¡cuántas hay que la olvidan, o que no piensan siquiera que nuestro divino Salvador tenía un alma! ¡Oh, alma mía, tú no la olvidas!

15º El Alma de Nuestro Señor en los Limbos.

El alma de Jesús, apenas se separó de su cuerpo, bajó a los Limbos como una gran reina que visita sus Estados; bajó a estas santas almas que la esperaban, con todo el resplandor de su santidad, con toda la gloria de la divinidad a la que permanecía y permanece inseparablemente unida.

¡Qué luz a su proximidad! ¡Qué alegría a su llegada! ¡Qué concierto de alabanzas se elevaba alrededor de ella! ¡Qué himnos debieron cantar esas almas cautivas desde hacía tanto tiempo! ¡Adán y Eva, Abel y todos los justos, los patriarcas y los profetas, todos los santos, y los santos inocentes, y San Joaquín y Santa Ana, y San José y San Juan Bautista! El alma de Jesús era verdaderamente triunfadora, y todos los santos estaban maravillados.

El alma del Salvador permaneció en los Limbos todo el tiempo que medió entre su muerte y su resurrección. Desde que llegó allí, los transformó en paraíso, pues todas las almas recibieron la luz de gloria y comenzaron a gozar de la visión de Dios. Y el alma de Jesús es la que les llevó este bien. ¡Oh dichosa visita!

Durante el tiempo en que el alma del Salvador permaneció en los Limbos, hizo sentir su presencia y su poder en todo el infierno, es decir, incluso sobre los demonios y condenados. Los demonios se sintieron vencidos, impotentes, desarmados, y se estremecieron con una rabia indescriptible. El gran Rey acababa de mostrarse; y a su nombre toda rodilla debía doblarse en el cielo, en la tierra y hasta lo más profundo de los infiernos.

Añadamos que en ese momento muchas almas santas debieron ser liberadas del Purgatorio: en su descenso a los infiernos, el alma de Jesús les concedió la indulgencia plenaria, y ellas fueron a reunirse a las almas de los Limbos para celebrar con ellas su redención y el alma de su Redentor.

16º El Alma de Nuestro Señor en su resurrección.

Cuando hubo llegado la hora de Dios, el alma del Salvador dejó los Limbos y fue a reunirse con su cuerpo. ¡Dichoso viaje, dulce reunión! Y reunión tanto más dulce, cuanto más cruel había sido la separación. El alma de Jesús había estado triste antes de morir, pero ahora, ¡qué alegre debió sentirse en el momento en que volvía para infundir vida de nuevo a su cuerpo!

En este instante solemne, la omnipotencia del Verbo divino recogió en sus venas sagradas toda la sangre que había derramado, despojó su cuerpo de todas las heridas de su santa Pasión, y su alma bienaventurada, uniéndose con él, le comunicó al punto su gloria y todas las cualidades de los cuerpos resucitados. El Salvador, lleno de una vida nueva, no podía ya sufrir; pero, gracias a su alma, podía moverse y salir sin obstáculo de su sepulcro cerrado; podía hablar, incluso comer, como se dignó hacerlo varias veces con sus apóstoles; en una palabra, había vuelto a la vida, para no morir nunca más.

Hemos dicho más arriba (§ 12) qué poder ejercía el alma de Jesús sobre su cuerpo adorable, sobre todo después de su resurrección. Falta añadir que la resurrección del Salvador es la causa de la resurrección de nuestros cuerpos y de nuestras almas. Este misterio de la resurrección de las almas, por el retorno a la vida de la gracia en el santo bautismo, tiene su causa y su modelo en la resurrección del Salvador. Y eso debe hacer mucho más querido a las almas resucitadas el misterio de la resurrección de Nuestro Señor, y hacerles amar más el alma de Jesús, hermana y reina de todas las almas.

17º El Alma de Nuestro Señor en los cielos.

Después de dejar a sus discípulos todas las pruebas convenientes de su resurrección, de darles las instrucciones necesarias para sí mismos y para la Iglesia, de mostrar su amor a su santa Madre y a sus amigos, el divino Maestro volvió a subir a los cielos. La tierra no podía llevar un cuerpo tan glorioso, un alma tan grande; sólo el cielo podía poseer semejante tesoro.

Allí está nuestro Maestro; allí descansan, por encima de todos los ángeles y santos, su cuerpo y su alma. Su cuerpo está allí con un esplendor y una belleza que no podemos siquiera imaginar; su alma está allí con una gloria